

DESDE EL AUTÉNTICO PRINCIPIO DEL SIGLO XX

CÉSAR OLIVA

En la línea que se propuso esta nueva época de *Monteagudo*, tercera de su brillante historia, el presente volumen de la revista se propuso hacer una reflexión monográfica sobre el teatro español del siglo que acaba de recién. No es la primera vez, ni pretende serlo, que un conjunto de creadores de nuestra escena se reúne en unas jornadas o en un libro para tratar del tema, movidos siempre por lo que significa un acontecimiento como el cambio de un siglo a otro. Pero dada la presencia que la Universidad de Murcia ha tenido, tiene y tendrá en la vida teatral española, gracias a sus ya clásicas publicaciones y a la labor que durante años viene desarrollando en la práctica escénica, parecía obligado plantearnos un nuevo balance sobre la aportación de nuestros creadores en el drama del siglo pasado. Aunque siempre se pueden encontrar razones suficientes para organizar este tipo de consideraciones conjuntas, hay que reconocer que pocas alcanzan la significación de cotas temporales como las presentes.

Cotas temporales que parten de convenciones obvias porque, como alguno de nuestros colaboradores señala, no es posible saber con certeza dónde terminan y dónde empiezan los siglos conceptuales. Los cronológicos sí que se cierran y abren cuando las manecillas del reloj lo exige. Pero, a estas alturas de la historia, bien sabemos que los hechos aparecen independientemente de los calendarios. Sin embargo, a la hora de redactar esta introducción, la realidad social y política se ha encargado de regalarnos con el auténtico principio de siglo XXI. Mientras que la caída del muro de Berlín bien pudo suponer el final moral del siglo XX, para el inicio del siguiente no tenemos que acudir ya a la ambigua aunque cierta precisión de la presencia de la globalización (Tordera). El atentado del World Trade Center dispone de suficiente sustancia para ostentar el título de comienzo del siglo de la incertidumbre. Desde el 11 de septiembre pasado, es evidente que todo ha empezado a cambiar. La sociedad y por consiguiente el teatro. Aunque no sepamos cómo, sí nos atrevemos a afirmar que la escena de todo el mundo va a cambiar desde aquel momento. El impacto de los aviones debe ser metáfora de ese otro impacto que deben sufrir los escenarios de todo el mundo, acostumbrados a la placidez de la vacuidad.

Bajo esta perspectiva, qué duda cabe que cuanto se diga a continuación tendrá nuevos matices. Un conjunto, el de esta monografía, que se organiza en torno a una

pluralidad de voces que representan, de alguna forma, las distintas parcelas profesionales que conforman los oficios del arte dramático. Por consiguiente, aunque el principal objetivo de una revista filológica sea la especulación sobre la propia escritura, el discurso general se enriquece con la presencia de distintos registros que sitúan el teatro en sus distintos escalones creativos. Bajo estas coordenadas, dos son bloques principales que aparecen a continuación: el primero, protagonizado por la crítica universitaria; el segundo, por los dramaturgos, que a fin de cuentas son de los que depende en buena medida los avances de la creación teatral. Junto a ellos, no queríamos que faltara la voz del actor, verdadero responsable de la representación, y fin último para el que se escriben comedias y dramas.

El bloque de los críticos se abre con la autoridad de Francisco Ruiz Ramón que, en la contraposición de dos posturas fundamentales en la vida teatral española del siglo XX, sintetiza los rasgos que definen el drama español contemporáneo. Una completa síntesis de la escena española del siglo XX, debida al profesor Eduardo Pérez-Rasilla, crítico teatral que alterna sus trabajos teóricos con otros dedicados a tomar el pulso de la cartelera nacional, sitúa esta monografía en su esencial punto de arranque. Continúa una aportación del catedrático de Teoría e Historia del Teatro de la Universidad de Valencia, Antoni Tordera, que a su condición de docente une la de director de escena, lo que confiere a sus palabras especial significado. La primera parte concluye con un trabajo de Mariano de Paco, que reafirma a Buero Vallejo en su condición de guía de la escena española en la segunda mitad del siglo XX. El segundo bloque lo inicia el dramaturgo y ensayista Manuel Gómez García, que entiende las claves de la obra dramática del siglo XX en relación a los conceptos de verdad y libertad en que se mueve. Alberto Miralles apunta las razones por las que en los textos españoles de este periodo se ha producido un abandono paulatino de los niveles críticos, absolutamente necesarios para la pervivencia del arte. Domingo Miras hace un repaso de los autores y movimientos en los que ve los principales condicionantes ambientales que caracterizan al teatro español del pasado siglo. Jerónimo López Mozo señala que el regreso a la palabra es el fenómeno que caracteriza los últimos años de nuestra escena, circunstancia que ayuda a la presencia de un nuevo realismo. Al tiempo, advierte de los peligros que nuevos modos de censura, como el filtro de las subvenciones y la tiranía de la taquilla, someten a la nueva creación española. Por último, el actor, pero también autor, Teófilo Calle propone un intento de dignificación de una profesión como la suya, sometida a los avatares de una históricamente difícil posición social.

Quede, pues, este conjunto de voces y opiniones con la esperanza de ofrecer reflexiones de gran interés sobre la vida teatral española en este apasionante paso entre siglos.